

**Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación
Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente
Área de Desarrollo Profesional Docente**

Cine y Formación Docente 2006

Sábado 30 de septiembre de 2006 en la Ciudad de Salta.

Otra juventud

Por María Laura Gumbre

La década de los '90 estuvo signada por una serie de cambios económicos, políticos y sociales que se manifestaron, con claridad en la vida cotidiana de los ciudadanos comunes. Una de sus consecuencias más visibles fue privatización de los espacios públicos. En las grandes ciudades, un síntoma muy claro de este cambio fue el surgimiento de los *shopping*, erigidos en destino del paseo familiar dominguero y sitio de encuentro para los adolescentes. La esfera pública como lugar de participación se transformó lentamente en lugar de consumo. A su vez, el avance incesante de las industrias comunicacionales alentó un proceso de cambio en las interacciones directas en manos de la mediatización electrónica. Este proceso fue de la mano del desvanecimiento de los espacios políticos de diálogo y negociación, invitando a los ciudadanos a ocupar un rol de simples receptores de información cada día frente a su televisor.

La juventud de los noventa se enfrentó a este contexto cargando con modelos inaplicables: en lo político, el modelo fuertemente contrapuesto de la juventud setentista; en lo laboral, con el imperativo de encontrar una situación de empleo promisorio ahora imposible; en lo económico, la crisis del mundo del trabajo elevó frente a sus ojos los índices de pobreza y desigualdad social. En este marco, una generación moldeó su identidad modificando a su vez el concepto tradicional de "juventud" y su rol en la sociedad.

LA ÉPOCA

El tema de esta conferencia es la juventud en la década del '90 en relación con la política.

Pensar una generación es pensar una época, al menos en términos relacionales porque supone pensar en primer término que hay una generación que la antecede y también que es precedida por otra. Pero sobre todo y necesariamente implica pensar una época. En su libro *Introducción a la Historia* Marc Bloch citaba un proverbio árabe que reza que los hombres se parecen más a su época que a sus padres. Entonces, vamos a comenzar por la época.

Eric Hobsbawm, en el "Panorama" introductorio a su *Historia del Siglo XX* afirma:

"La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con las generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX. En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres, de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en el que viven."¹

No significa esto que la sucesión generacional haya perdido su relato o que el relato haya perdido su función, sino que ese relato, es decir, el legado que se transmite de una generación a otra ha sufrido un cambio en su función. Puede ser interesante pensar esto a través de ejes puntuales: los espacios de la política y sus prácticas; el trabajo y su lugar en la vida cotidiana y en la proyección de futuro; los grupos sociales de pertenencia que se generan a través de instituciones de formación, de trabajo, etc. La sola mención

¹ Hobsbawm, Eric, *Historia del Siglo XX*, Buenos Aires: Planeta, 1998. Pág. 13 (El subrayado es propio)

de estos ejes nos ayuda a comenzar a configurar una cierta generación que se diferencia de la anterior porque sus condiciones estructurales son distintas.

Los jóvenes de los '90 pertenecen a una generación que, entre otras cosas, se caracteriza por su falta de arraigo en las instituciones tradicionales que organizaron y en muchos casos dieron sentido a la experiencia de vida de sus padres. Esto lo vemos con mucha claridad en la película *Good bye Lenin*. No sólo el proyecto político sino el entorno social con su configuración particular contenían la vida de la madre de Alex, el partido, sus integrantes y sus pequeñas formas de agrupación interna permitían que cada uno tuviera su función y, entre ellos, la madre. Ella tenía su tarea que la ponía en contacto con sus vecinos. Tenía las cartas que escribía solicitando cambios en las reglas estrictas relacionadas con el consumo. A cada lado había alguien con un rol, con un sentido, aportando estabilidad al transcurrir de los días. A los ojos del hijo, esa madre no podía imaginar un cambio radical como la caída del régimen.

¿Qué pasó en el mundo con las instituciones que contenían la experiencia de vida de los hombres, que los guiaban de una etapa a otra como con naturalidad?
¿Qué cambió en los últimos años que hace que la experiencia de los jóvenes de los noventa se aleje tanto de la de sus padres?

Hobsbawm destaca tres cambios importantes de las últimas décadas del siglo XX:

- Fin del eurocentrismo que caracterizó al mundo antes de la segunda guerra mundial.
- Emergencia de la globalización
- Ruptura de la relación entre pasado y presente

Dice Hobsbawm: “no sólo no sabemos a dónde nos dirigimos sino tampoco hacia dónde deberíamos dirigirnos”. Esto tiene que ver con el abandono del “proyecto” como ordenador de la experiencia en el tiempo y en el espacio, como configurador de sentido.

Zygmunt Bauman² analiza este cambio utilizando una metáfora particular. El señala que las mutaciones que presenciamos en la cultura corresponden al paso de una modernidad sólida a una modernidad líquida. Los sólidos, dice, tienen raíz en el espacio y cancelan el tiempo. Los líquidos fluyen con el tiempo a través del espacio. Las descripciones de los fluidos son como instantáneas que requieren una fecha al dorso.

La modernidad sólida se paraba sobre los pilares de la ciencia moderna, la economía política y el discurso jurídico político. Promesas de un eterno futuro mejor. Tres racionalidades se aliaban: la científica, la económica y la política. Esta alianza dio lugar a lo que Foucault llamó las *sociedades disciplinarias*, hoy también en crisis. Los sólidos que están siendo derretidos en este momento, dice Bauman, son los vínculos entre las elecciones individuales y las acciones colectivas. Esos vínculos eran comúnmente provistos o propiciados por las instituciones en las que los individuos convergían como pares, donde se conformaban los grupos de referencia, donde se construía el deber ser, se elaboraba el deseo colectivo y surgían los proyectos. La crisis de esas instituciones lleva a la desintegración de los vínculos o de las posibilidades de establecerlos. Ellas propiciaban códigos y modos de comportamiento estable para la formación del individuo. Hoy, la construcción de la identidad ya no es un proceso esencialmente grupal: al individuo le cabe un rol importante. Entonces, si el proyecto como configurador de la experiencia daba sentido al paso del tiempo, hoy es como si el tiempo se hubiese disgregado en instantes. En cuanto al espacio, los cambios señalados por Hobsbawm señalan una erosión de la soberanía de los Estados-Nación; una economía desterritorializada —con las consecuencias culturales propias de la globalización, de las que hablaremos más adelante— y el nomadismo político y científico. Estos cambios hablan de disolución de fronteras (territoriales y simbólicas) que nuevamente afectan a la forma en que los individuos eran contenidos en instituciones

² Bauman, Zygmunt, *Modernidad líquida*, México: Siglo XXI, 2003.

fijas en el espacio e inmutables en el tiempo. Estas instituciones disciplinarias, que tenían la función central de moldear la conducta del hombre, han perdido esa función. En la escuela puede verse con claridad. La escuela ya no es el sitio donde se aprenden disciplinas. Hoy la escuela va a la deriva detrás de los cambios de los que hablamos, intentando cumplir una función que no termina de acomodarse al contexto. Bauman usa el término “zombies” para denominar ciertos conceptos que antes nos servían para dar sentido a la acción y hoy han dejado de servir como motores, perdiendo incluso la capacidad de nombrar sencillamente lo que antes contenían. Conceptos que van a la deriva entre la vida y la muerte. El trabajo es uno de ellos. Las instituciones y sus códigos también se han convertido en zombies. Dice Jacques Deleuze en su *Posdata a las sociedades de control*³: “Estamos en una crisis generalizada de todos los lugares de encierro: prisión, hospital, fábrica, escuela, familia. La familia es un “interior” en crisis como todos los interiores, escolares, profesionales, etc. Los ministros competentes no han dejado de anunciar reformas supuestamente necesarias. Reformar la escuela, reformar la industria, el hospital, el ejército, la prisión: pero todos saben que estas instituciones están terminadas, a más o menos corto plazo. Sólo se trata de administrar su agonía y de ocupar a la gente hasta la instalación de las nuevas fuerzas que están golpeando la puerta. Son las sociedades de control las que están reemplazando a las sociedades disciplinarias.”

Las sociedades disciplinarias eran las sociedades de la corrección, de la punición, de los claustros cerrados productores de rutinas fijas donde el cuerpo era la clave. La escuela un ejemplo claro, con los bancos ordenados, la mirada dirigida, las manos a la vista, la apariencia uniforme. Las sociedades de control, por el contrario, no tienen moldes fijos. En ellas, los espacios de encierro se reemplazan por el control al aire libre mediante métodos que exceden la rigidez del

³ Deleuze, Gilles, “Posdata sobre las sociedades de control”, en Ferrer Christian (comp.) *El lenguaje literario*, T^o2, Montevideo: Ed. Nordan, 1991.

espacio.

Este es el marco en que situaremos a la generación de los jóvenes de los 90.

EL TRABAJO Y LA POLÍTICA

Podría decirse que la juventud es el momento de la vida en que un sujeto despierta o accede a ciertas dimensiones de la vida sobre las que antes no tenía incidencia activa. La política es una de ellas. Posicionarse políticamente es uno de los primeros pasos.

Leído desde la experiencia de alguien de la generación de los 70, esto implica una idea de mundo, un deseo y una acción. Visto desde la experiencia de alguien de la generación de los 90 implica exactamente lo mismo. Pero la forma en que se expresa esa idea de mundo, la manera en que se manifiesta el deseo y el modo en que se transforma en acción, y hasta la acción misma, son radicalmente diferentes.

En los 70, la política era concebida como acción colectiva. Era algo a lo que se llegaba a través de diversos grupos de pertenencia: la iglesia, la facultad, el sindicato, el barrio. En ellos, el verbo era parte de la acción, porque lo colectivo se producía mediante argumentos, debates, intercambios, lecturas. Política era formación a la vez que acción y la juventud cumplía un rol clave en este proceso. En los noventa, la acción no requería necesariamente de la palabra porque la política se desprendió entonces de lo grupal, se desentendió de las instituciones que la contenían –por más que estas siguieron existiendo en la forma tradicional. Claro que alguien podía iniciarse en los caminos de la participación partidaria y entender que sólo en esa práctica residía la política. Pero muy lejos de ello, la política es una dimensión de lo humano, independiente de agrupaciones, instituciones y fines. Si partimos de esta idea, podemos ver que los jóvenes de los noventa viven la política de una forma distinta. Tal vez individual; tal vez desde otros marcos de referencia. No es casual que se haya acuñado el término “tribus” para designar a los grupos de jóvenes reunidos por compartir formas de vida que tienen más que ver con consumos culturales que con política partidaria. Pensada de este modo, la política deja de ser una especie de “attachment” que se puede tener o no, para transformarse en una dimensión que atraviesa la vida de todas las

personas y se asienta en todas sus acciones. Las activas y las pasivas. Pensándolo así, cobra sentido el desgaste de las prácticas de participación democrática, tales como el voto. A nadie extrañaría el hecho de que cantidades de jóvenes de los noventa tuvieran referentes en la música, en la televisión, en la radio, en la literatura, en el cine, pero no en los partidos políticos. Los caminos que antes llevaban a los jóvenes a la militancia ya no funcionaban una década atrás y no era porque los partidos políticos existentes no fuesen los adecuados, sino porque sus formas de representación requerían como contrapartida de una realidad que no era ya la que vivía los jóvenes.

Un trabajo de Maristella Svampa titulado "*Identidades astilladas. De la patria metalúrgica al heavy metal*" analiza la situación de los jóvenes empleados de la industria metalúrgica y sus condiciones de empleo en relación con los viejos trabajadores de la industria. Svampa encuentra que el orgullo de ser metalúrgico que caracterizó a los afiliados de la UOM décadas atrás no existe en los jóvenes. La identidad de estos nuevos trabajadores no se ancla necesariamente en el trabajo sino en grupos de pertenencia que tienen que ver con la música, el deporte y otras prácticas extra laborales. El trabajo es el proveedor del sustento que permite desarrollar esas otras prácticas. Es un lugar de paso y el hecho de ser un trabajador obrero es una condición pasajera. Por supuesto que la flexibilización laboral ha tenido mucho que ver en esto. Un joven que tiene un contrato temporario, que se encuentra a prueba y que, en el mejor de los casos, logrará que le renueven el contrato manteniendo los mismos ingresos –si no más bajos- no puede encontrar en ese lugar un marco desde donde proyectarse hacia su futuro. Mientras en los setenta era común que alguien permaneciera en un empleo por décadas, en los noventa el cambio de empleos se convirtió en una práctica compulsiva y a la vez valorada. Un currículum de una página sola no era ya bien visto en ninguna entrevista de trabajo. Esto se experimenta también en los ámbitos de formación y se relaciona directamente con lo laboral. Hubo un tiempo en que el ascenso en los niveles de estudio implicaba la posibilidad del ascenso social. El hijo de un

obrero que accedía a un título universitario tenía la garantía de un destino mejor. En los noventa esto dejó de ser así. El desempleo estructural trabó ese ascenso seguro y desafió a cada sujeto a mejorar su formación para aumentar las ventajas diferenciales con sus pares. Los estudios de posgrado, que en nuestro país eran exclusivos de unos pocos abocados a la carrera académica, comenzaron a convertirse en un requerimiento indispensable. La formación constante se convirtió en un imperativo también en los trabajadores de empresas, con la multiplicación de cursos específicos y de competencias necesarias. Aprender idiomas, entrenarse en el uso de tecnologías, etc, comenzó a ser parte de la vida entera y no sólo de la primera juventud. Como perspectiva a la hora de proyectarse en el futuro, los jóvenes de los noventa no encontraron un panorama muy sencillo. Y las expectativas truncas que en muchos casos la generación anterior tenía en ellos añadió un tinte de frustración a las dificultades propias de la época. En este sentido, los jóvenes de los noventa cargaron con el mito de la juventud de los setenta, expresado en debates mediáticos y teóricos con frecuencia inconducentes.

CONSUMOS CULTURALES

El consumo en el fin de siglo se diferenciaba de otras épocas por el hecho de que ya no se consumían los objetos por su valor de uso sino por su valor de cambio: por el valor que ellos agregan, por el estatus social que confieren, decía Gilles Lipovetsky en *El imperio de lo efímero*, citando a Jean Baudrillard⁴.

La identificación de clase, que antes se desprendía del nivel de ingresos, hoy se desprende de los consumos culturales. Y el consumo no significa "comprar y consumir" literalmente. Se consumen modos de vida, no necesariamente objetos. La identificación imaginaria con un mundo, con el modo de vida propuesto por determinados objetos existentes en el mercado hacen a la identificación de un sujeto con un grupo social, independientemente de sus posibilidades de consumo "real".

⁴ Lipovetsky, Gilles, *El imperio de lo efímero*, Buenos Aires: Anagrama, 1994.

Estas formas de identificación son también las vías por las que se establecen los vínculos entre los sujetos. Antes, los vínculos se establecían fundamentalmente desde lo discursivo. Allí operaba un tipo de seducción argumentativa. En los noventa, las formas de seducción comenzaron a tener que ver más con un posicionamiento frente a los consumos culturales: cumbia o heavy metal; los redondos o soda stereo; ropa negra o de colores; hippie o dark. Y la palabra seducción se pegó a la dimensión estética y se creyó vacía de su posible dimensión política. Desde la óptica de los setenta, este tipo de seducción es definitivamente condenable. En los ochenta se explicaba como una especie de “destape” post dictatorial. En los noventa no se encontró justificación alguna. Propongo entonces, a la hora de pensar la juventud de los noventa en relación con la política y el arte, que repensemos la idea de la “despolitización” en relación con su época y la forma en que la política asoma a la esfera pública por fuera de los canales institucionales de participación partidaria.

LA SOCIEDAD COMO ESTRUCTURA DE CONTENCIÓN

Una de las particularidades de esta generación fue la imposibilidad de poner en práctica las enseñanzas recibidas de sus padres en relación a estrategias de “éxito” porque esas estrategias suelen estar atadas a la funcionalidad de las instituciones de las que hablábamos al comienzo. Instituciones que ya no contienen, no guían.

La individualidad más que una opción comenzó a ser en muchos casos el único camino. Porque el pensamiento en términos colectivos tiene que ver con la pertenencia a una estructura de sentido. Hay en la película una escena en que el viejo profesor amigo de la madre le dice a Alex: “Todos éramos valiosos, ¿no lo crees, Alex?”. Todos eran valiosos para la sociedad porque tenían un rol que cumplir en el marco de un proyecto común. Eran valiosos para un fin que los excedía y los contenía a la vez. Era un proyecto con pretensiones transgeneracionales.

En los noventa, la idea de proyecto colectivo se desdibujó y cada quien tomó su camino. Las instituciones que propiciaban los vínculos en los setenta se convirtieron en

instituciones expulsivas y esos vínculos debieron buscar otros espacios para realizarse. Espacios efímeros. Tomando la metáfora de Bauman, los vínculos se convirtieron en momentos cargados de las características de la liquidez: movilidad y cambio constante. Condiciones complicadas para la generación de un proyecto conjunto. Cada cual con su proyecto buscó la manera de dotarse de “valor” para ocupar un lugar en el sistema. Un valor que debía resignificarse y readquirirse todo el tiempo, a través de procesos de formación constante, de la readaptación a nuevos contextos. Tal vez la generación de los noventa haya sido la que debió aprender a *surfear* en las nuevas formas de la política; la que debió estar preparada para lo desconocido sin brújulas válidas y sin mapas vigentes.